



Una aproximación al sentimiento de la vergüenza

Trabajo final de grado

Tipo: Monografía

Estudiante: Virginia Silva 4.601.445-5

Tutor: Gonzalo Corbo

Montevideo

2025

Índice

Resumen.....	3
Introducción.....	4
La vergüenza en las obras freudianas.....	5
Vergüenza, culpa y pudor.....	10
Vergüenza social.....	14
La vergüenza en torno a la identidad de género.....	22
Vergüenza en el proceso terapéutico.....	29
Reflexiones finales.....	36
Referencias bibliográficas.....	38

Resumen

El presente trabajo aborda el sentimiento de la vergüenza, es un fenómeno complejo que no puede ser abordado en su totalidad por una disciplina, por lo cual resultan necesarios aportes del psicoanálisis, la sociología y la filosofía. En primer lugar, se desarrollan las obras freudianas, en las cuales la vergüenza se sitúa mayormente en la dimensión física, marcada por la ausencia del falo, y también una dimensión moral que surge en el encuentro de la mirada del otro. Luego, para evitar confusiones se distingue de la culpa y el pudor, en el primer caso, se presenta como una formación reactiva de la culpa, y en el segundo, como un síntoma del pudor. Después, se estudia su valor social, como se vive en la actualidad, y su rol como agente de cambio y rebelión contra el menosprecio. Posteriormente, se analiza la vergüenza en relación con la identidad de género, la cual es organizada por valores falocéntricos dominantes que actúan de manera diferente según la identidad. Finalmente, se examina su función en el proceso terapéutico, los mecanismos de defensa y reacciones defensivas que emergen, se proponen herramientas para mitigar la vergüenza, y se destaca la importancia de que el analista haya trabajado su propia vergüenza para que esta no se vuelva un obstáculo en la terapia.

Palabras claves: vergüenza, culpa, pudor, estigmas, identidad de género, proceso terapéutico

Introducción

“Y fueron abiertos los ojos de ambos, y supieron que estaban desnudos. Entonces cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales” (Biblia Reina-Valera, 2009, Génesis 3:7). En la Biblia se narra que en el momento que Adán y Eva comieron la fruta prohibida fueron castigados a abrir sus ojos y ver la desnudez de uno mismo y del otro, naciendo así la vergüenza. Corren a hacerse taparrabos para apaciguar la vergüenza que les surge al descubrir su identidad, su diferencia sexual y el peso de la mirada del otro y de la mirada de Dios (Saussure, 2003).

La vergüenza es un fenómeno que ha sido problematizado desde diferentes marcos conceptuales, se puede remitir a la filosofía, destacándose Aristóteles quien la investigó y para eso realizó tres preguntas esenciales para comprenderla: “¿Cuáles son las cosas de las que la gente se avergüenza (poîa d’ aischýnontai) o no se avergüenza (anaischyntoúsín), ante quién (pros tínas) y en qué estado de ánimo (pos échontes)? (citado por Wurmser, 2015, p. 1914)”. La primera pregunta se responde en que uno siente vergüenza debido a acontecimientos inapropiados, la segunda se relaciona a que uno siente vergüenza al ser atrapado in fraganti por una persona que uno estima, mientras más admira a esa persona más vergüenza tendrá, y la tercera se refiere al sentimiento doloroso que deviene ser descubierto. Entonces para que surja la vergüenza es esencial actuar o ser descubierto de una manera indebida frente a una persona que uno tenga gran estima lo cual generará malestar en uno mismo (Wurmser, 2015).

Los aportes psicoanalíticos de Freud sobre la vergüenza son escasos, pero sus desarrollos son significativos para su comprensión y serán el puntapié para esta monografía. Parece haber un consenso que Freud se centró en la culpa desatendiendo la vergüenza, la cual será retomada por sus sucesores, como Jacques Lacan y André Green. Pero la vergüenza no se constituye exclusivamente desde el psicoanálisis, es un sentimiento social. Por tanto para su mayor entendimiento resultan pertinentes los aportes

de la antropología, la filosofía y la sociología, que permiten dar una visión más completa de su significación estructurante en el sujeto.

Este trabajo se estructura en cinco partes, en primer lugar, se desarrolla el lugar que ocupa la vergüenza en la obra freudiana; luego, se estudia su relación con el sentimiento de culpa y el pudor; después, se aborda la vergüenza como sentimiento social y la posición que ocupa en la actualidad; posteriormente, se analiza su relación con la identidad de género; y por último, se examina cómo se presenta la vergüenza en el proceso terapéutico, tomando en cuenta que el habla es una de las herramientas claves para la cura, y en ocasiones la vergüenza surge como un obstáculo de la palabra.

La vergüenza en las obras freudianas

En el presente capítulo se abordará la definición de vergüenza y cuál es su recorrido en los trabajos de Freud, él escribió sus trabajos en alemán lo cual llevó a generar ciertas confusiones a la hora de ser traducidos a otros lenguajes, y la vergüenza resultó ser uno de los vocablos afectados (Janin, 2006). Por esto, es necesario volver a la vergüenza en alemán, Assoun (2001) plantea que tiene dos definiciones:

Scham es, literalmente y en sentido propio, el sentimiento de ver la desnudez expuesta a la mirada del otro, de estar exhibido, con su correlato, en sentido “figurado”, del sentimiento de haber dicho o hecho algo que no corresponde o que es inconveniente.

Schande es algo que hizo que alguien sintiera vergüenza y que acabó con su “reputación”, que lo hace sospechoso “con mala fama” (p. 97)

De acuerdo con esta definición se pueden distinguir dos formas de la vergüenza, la primera marcada por la mirada de un otro quien encubre algo que debía mantenerse en secreto, este algo se vincula con la desnudez, es la “vergüenza física”. Y la segunda se

vincula a un hecho o suceso en donde la reprobación y el oprobio son la consecuencia de ser descubiertos, es la “vergüenza moral (2001)”.

Del mismo modo, Janin (2006) también dice que la *scham* puede ser entendida con dos significados, una vinculada a lo anatómico y otra al pudor (en referencia a las zonas genitales), y agrega que Freud desarrolló la vergüenza con connotaciones sexuales:

- schamberg (término ya en desuso): literalmente, montaña de la vergüenza, es decir, el pubis (mons pubis);
- schamhaaren: literalmente, vello de la vergüenza, es decir, vello púbico;
- schamlippen: literalmente, los labios de la vergüenza (es decir, los labios mayores);
- schamspalte: literalmente, la hendidura de la vergüenza, es decir, los genitales femeninos (pp. 472-473).

Entonces, se puede decir que la vergüenza está caracterizada por dos aspectos, uno físico el cual está ligado a la desnudez y descubrimiento de las zonas genitales, y por otro lado a un aspecto moral en donde la mirada del otro genera miedo de ser descubierto. De estas dos vergüenzas Freud se enfocó más en la primera, a continuación se describe el proceso que tuvo en sus trabajos.

En primer lugar, la vergüenza puede ubicarse en el *Manuscrito K. Las neurosis de defensa*, Freud (1896) desarrolla que la vergüenza está fuertemente vinculada con la neurosis, la misma surge en reacción al displacer que una vivencia sexual prematura que ha sido reprimida. También explica la vergüenza en las neurosis obsesiva, la vivencia sexual primaria en un principio se siente como algo placentero, aunque una vez que es reprimido el recuerdo evocado de dicha vivencia genera displacer, este displacer está cargado de vergüenza y asco que generan un reproche conciente, ya que entra en conflictos con la conciencia moral, surge temor de que los demás se enteren.

Posteriormente, en el *Manuscrito N*, Freud (1896) continúa con la idea de que la vergüenza y la moral acontecen como resultado de la represión sexual infantil, si no se

sepulta la sexualidad del niño se generará una perversión que inhibirá el desarrollo adecuado del infante, la falta de represión sexual puede producir la *moral insanity*. Las oleadas del desarrollo son procesadas de manera diferente en los niños y en las niñas, por ejemplo el asco sobreviene antes en las niñas. En la pubertad se instaure la diferencia entre los sexos, Freud (1896) afirma:

Y es que hacia esta época se sepulta en la mujer (en todo o en parte) otra zona sexual que en el varón subsiste. Me refiero a la zona genital masculina, la región del clítoris, en la que durante la infancia aparece concentrada la sensibilidad sexual de la niña también. De ahí que hacia esta época a la mujer la inunde la vergüenza, hasta que de manera espontánea o reflectoria es despertada la nueva zona, la vaginal (p. 312).

Es decir, tanto el asco como la vergüenza sobrevienen primero en niñas, siendo un proceso un poco más lento en los chicos. Este punto se complementa con los aportes que hizo en la *Conferencia 33. La feminidad*, Freud (1932) dice que “La vergüenza, considerada una cualidad femenina por excelencia, pero fruto de la convención en medida mucho mayor de lo que se creería, la atribuimos al propósito originario de ocultar el defecto de los genitales” (p. 122). Según Freud (1932), la niña se da cuenta de su defecto cuando en el complejo de castración, toma conciencia de la diferencia anatómica que tiene en comparación al niño, cayendo en la envidia del pene, lo cual dará comienzo al complejo de Edipo en la joven. En la niña se desarrollan tres orientaciones frente al complejo de castración: 1) la inhibición sexual o neurosis, aquí la niña desestima su amor hacia la madre fálica al descubrir que ella también está castrada; 2) el complejo de masculinidad, la joven se niega a reconocer su castración y busca identificación con la madre fálica o el padre; y 3) la feminidad normal, en donde la niña abandona a la madre como objeto de amor redirigiendo este amor al padre y es aquí que abandona el deseo del pene por deseo de un hijo. Mientras que en el niño al darse cuenta de la diferencia biológica con el otro sexo surge la angustia de castración, él tiene miedo de perder su pene debido a su interés hacia su

madre y es bajo esta amenaza que abandona a la madre como objeto de amor ocurriendo así el sepultamiento del complejo de Edipo (Freud, 1905, 1932).

Retomando sus primeros desarrollos, Freud (1899) presenta la vergüenza en *La interpretación de los sueños*, dice que la vergüenza surge cuando uno sueña que está desnudo o mal vestido y la persona no tiene un lugar en donde ocultarse, en el sueño se enfrenta con extraños quienes reaccionan con indiferencia ante la desnudez del soñador, a estos sueños él los llamó sueños de exhibición. Dichos sueños se relacionan a deseos infantiles de cuando uno se mostraba desnudo y debido a la ausencia de la vergüenza y pena el infante no sentía la necesidad de cubrirse. Al momento de tener un sueño de este tipo lo que se busca revivir es el deseo infantil de volver a estar desnudo, volver al paraíso sin miedo de ser expulsado, pero la vergüenza y la angustia lo reprime.

Unos años después, en los *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Freud (1905) expone que el infante tiene una predisposición de perverso polimorfo, lo que significa que desde el comienzo todos tienen una disposición natural para el desarrollo de una perversión, si esto no se reprime se puede transformar en algo patológico. Así, alguien se convierte en perverso cuando se aleja de la normalidad instaurada por la sociedad, lo cual no está determinado por el contenido de la nueva meta sexual. Las perversiones de carácter patológico aparecen cuando las pulsiones sexuales entran en conflicto con las resistencias de la vergüenza, la moral, el asco, el horror y el dolor. Esta línea de pensamiento la continúa en su segundo ensayo *La sexualidad infantil*, Freud (1905) ubica al sentimiento de vergüenza, el asco, y los reclamos de ideales en lo estético y en lo moral como poderes anímicos que surgen internamente con el fin de inhibir las pulsiones sexuales infantiles. Por tanto, la educación es considerable para la solidificación de estos diques, aunque no es algo exclusivo de ella, “en realidad este desarrollo es de condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente, y llegado el caso puede producirse sin ninguna ayuda de la educación (p. 161)”. Es mediante la sublimación y la formación reactiva que la energía libidinal se redirigirá de la meta sexual de la disposición perverso polimorfa a una meta cultural y socialmente aceptable.

Posteriormente, en el tercer ensayo titulado *La metamorfosis de la pubertad*, Freud (1905) hace hincapié en cómo la vergüenza, el asco y la compasión se cumplen en las niñas antes que en los varones y con menos resistencias, “parece mayor en ella la inclinación a la represión sexual; toda vez que se insinúan claramente pulsiones parciales de la sexualidad, adoptan de preferencia la forma pasiva (p. 200)”. Pero agrega que la diferenciación de los sexos se establece adecuadamente en la pubertad.

Otro aporte fundamental de esta obra son *Las aberraciones sexuales*, en donde Freud (1905) plantea que el mirar teñido sexualmente es un proceso que tarda en suceder debido a la sublimación que redirige las pulsiones sexuales en otros ámbitos, como el artístico, pero el placer de ver puede convertirse en perversión tal como el voyeurismo (el que mira al otro en sus funciones excretoras) o el exhibicionismo (suplanta la meta sexual normal). La vergüenza es el poder que se contrapone al placer de ver.

Más tarde, en *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, Freud (1909) presenta el famoso caso del pequeño Hans, aquí surge la vergüenza del niño al ser mirado mientras orina, acontecimiento que no le generaba malestar un año antes cuando hacía lo mismo frente a la mirada de sus amigas, el niño se vio obligado a sublimar su placer exhibicionista. Se dice que la acción de orinar involuntariamente y la incontinencia intestinal generan vergüenza, la incontinencia al orinar se vincula particularmente con el fuego, refiriéndose a las raíces más profundas de la identidad humana, en donde el hombre mitigaba las llamas con su orina. Es la conquista del fuego o más bien la conquista de lo cultural lo que lleva a sacrificar lo más primitivo, de esta forma se podrá obtener el dominio de las pulsiones sexuales (Freud, 1918, 1932).

Entonces, la vergüenza aparece como reacción al querer volver a esos tiempos antiguos de libertad tanto de su desnudez como lo referente a su control de esfínteres, pero el hombre socializado no puede permitirse eso, no es necesaria la educación porque cuando no la hubo en los tiempos remotos igualmente tuvo que abandonar apagar el fuego con su orina, se vio obligado a controlar sus deseos con el fin de la evolución.

En conclusión, la vergüenza aparece como un sentimiento complejo, con raíces tanto físicas (desnudez, control de esfínteres, genitalidad) como morales (temor a la mirada social y a la desaprobación). Tal como postuló Janin (2006) la vergüenza en las obras freudianas se ubica mayormente en la dimensión física, pero la dimensión moral surge en el cruce de la mirada del otro y de la cultura, teniendo sus raíces tan profundas remitiendo a la búsqueda de la conquista del fuego.

Vergüenza, culpa y pudor

En este apartado se abordará la relación que tiene la vergüenza con la culpa y el pudor. Resulta necesario hacer este pasaje porque al realizar la revisión bibliográfica es común que estos conceptos aparezcan juntos, debido a la similitud conceptual que tienen.

Cómo se mencionó anteriormente, la culpa ha sido más abordada en la obra freudiana, por tanto, en este trabajo no se propone abordar en profundidad el sentimiento de culpabilidad, pero es importante ofrecer una breve definición que permita diferenciarla de la vergüenza. Laplanche y Pontalis (1996) sobre el sentimiento de culpa dicen que “sea consciente o inconsciente, se reduce siempre a una misma relación tópica: la del yo con el superyó, la cual a su vez es un residuo del complejo de Edipo (p. 398)”. Es un estado afectivo que genera malestar en el sujeto, la culpa se destaca al poder manifestarse bajo dos maneras, una consciente, que ocurre cuando la persona reconoce que ha realizado una transgresión moral; y otra inconsciente, definida por Freud (1923) como “ese sentimiento de culpa es mudo para el enfermo, no le dice que es culpable; él no se siente culpable, sino enfermo. Solo se exterioriza en una resistencia a la curación, difícil de reducir (p. 50)”. En este sentido, el castigo alivia el sentimiento de culpa, permitiendo que el sujeto pueda encontrar satisfacción en su enfermedad, por ejemplo, en el masoquismo moral, que constituye una de las manifestaciones del sentimiento de culpa, el superyó busca su gratificación por medio del sufrimiento del yo (Freud, 1923).

A partir de los aportes de freudianos, los desarrollos posteriores sobre la vergüenza se orientaron en dos líneas, por una parte quienes la entendían como una formación reactiva de la culpa; y por otro como una tensión narcisista proveniente entre los conflictos del yo con el ideal del yo, como consecuencia de este conflicto es posible que se desarrollen sentimientos de inferioridad (Rumi, 2010). Se destaca Green (1999) quien se inscribe en la segunda perspectiva, él para comprender mejor la vergüenza propone varios tipos del narcisismo destacándose el narcisismo moral. El narcisista moral no tiene problema en dominar sus pulsiones, por el contrario, obtiene satisfacción libidinal en la renuncia y la privación, manteniéndose fijado en su megalomanía infantil. En cambio, el masoquista moral está regido por la culpa, es un sufrimiento inevitable. En cuanto a la vergüenza, ésta surge en el narcisista moral cuando el objeto narcisista idealizado falla en cumplir sus expectativas, aquí el honor y el orgullo siempre están en juego. La vergüenza no se reduce únicamente al narcisismo moral por eso Green (1999) relaciona el narcisismo moral con el narcisismo intelectual porque brinda una sensación de autosuficiencia y de dominio intelectual que el narcisista moral busca. Asimismo, lo asocia con el narcisismo corporal, en este narcisismo recaen las representaciones conscientes del cuerpo en relación con la mirada del Otro, es el cuerpo como apariencia y agente seductor del otro.

Con respecto a la vergüenza y la culpa Green (1999) dice:

La culpa que se siente a raíz de la masturbación se apoya en el miedo de castración; la vergüenza tiene un carácter global, primero, absoluto. No se trata del miedo de ser castrado, sino de prohibir todo contacto con el ser castrado en la medida en que este es la prueba, lleva la marca de una indeleble mancha que se puede recibir de su contacto (p. 185).

Ambos sentimientos coexisten, incluso el sentimiento de culpa puede ser producto de la vergüenza y viceversa. A diferencia de la culpa la vergüenza tiene un carácter más destructor, a menudo puede ser irreparable, y a diferencia de la culpa la vergüenza no es compartida (Green, 1999).

Entonces, se puede afirmar que ambos sentimientos generan malestar en el individuo y tienen su origen en la niñez. Los dos interactúan dinámicamente a lo largo de la vida, por una parte la vergüenza se refiere al desequilibrio narcisista que uno siente ante la pérdida de estima ante la mirada de un otro, la vergüenza se relaciona íntimamente con el ideal del yo, y por otro lado la culpa surge de los impulsos del yo que quieren transgredir los mandatos del superyó (Minazio, 2006; Rumi, 2010; Schvartzman, 2019).

Acerca de la relación entre la vergüenza y el sentimiento de inferioridad se debe remitir a Adler quien la definió como “sentimiento basado en una inferioridad orgánica efectiva (...) el individuo intenta compensar, con mayor o menor éxito, su deficiencia. Adler atribuye a este mecanismo una significación etiológica muy general, válida para el conjunto de las afecciones” (Laplanche & Pontalis, 1996, p. 398). Con respecto a esta definición, Freud (1933) mostró desacuerdo, pero la trató de aclarar, él dice que este sentimiento “tiene fuertes raíces eróticas. El niño se siente inferior cuando nota que no es amado, y lo mismo le sucede al adulto. El único órgano considerado de hecho inferior es el pene atrofiado, el clítoris de la niña (p. 61)”. A pesar de que Freud no menciona la vergüenza aparecen caracteres pertinentes a la misma. Por un lado está la inferioridad del clítoris de la niña el cual se relaciona con el narcisismo corporal previamente mencionado. Y también el amor que es intrínseco en relación al narcisismo y a la formación del ideal del yo (Freud, 1914, 1933; Green, 1999).

En cuanto al pudor, a diferencia de la culpa no hay una definición en la obra freudiana, tampoco aparece en repetidas ocasiones como la vergüenza, incluso puede ser entendida como su sinónimo. Debido a esto en ocasiones surge en otros idiomas en lugar de la vergüenza, debido a confusiones en la traducción de los trabajos de freudianos, particularmente en la lengua francesa, donde no se nota una gran diferenciación entre la vergüenza (honte) y el pudor (pudeur) (Janin, 2006; Meli, 2014). Entonces para entender el pudor hay que delimitarlo, para eso Rabinovich (2008) usó el término Aidós:

(...) remite a aidoria, genitales en griego y en latín pudenda, “pudor”, es decir, pudenda indica los genitales. La traducción de aidós al latín no pasó ni al alemán ni

al inglés como otros términos latinos. En inglés el más cercano sería modesty, que es discreción, recato. Por lo tanto, en los textos que se encuentran sobre el aidós en la antigüedad griega, la palabra shame siempre es asociada con aidós, se utiliza el término griego en la medida en que shame no traduce exactamente lo mismo que indica aquel (p. 74).

La complejidad en las traducciones lingüísticas de estos conceptos parecen tener raíces más profundas de lo que se planteó anteriormente. En cuanto al aspecto corporal, Janin (2006) relaciona al pudor con lo genital. Este aspecto se puede vincular con el narcisismo corporal de Green (1999) si bien este autor no asocia directamente el pudor a dicha dimensión, Lacan (citado en Rabinovich, 2008) si lo hace, proponiendo que el pudor estructuralmente viene a ocupar el lugar que tiene la vergüenza en la obra freudiana. Lacan (citado en Fernández, 2022) en su análisis del estadio del espejo propone que el pudor *puede* haber surgido cuando el sujeto aún es un bebé dependiente en su totalidad de sus padres, aquí es el momento en que se imprime el goce del Otro en el cuerpo del infante, y dan cuenta al sujeto de su posición de objeto ante la mirada de este Otro. No será hasta el periodo de latencia que se sintomatiza como vergüenza. Una vez que se entra en la pubertad se resignifican las marcas de goce del Otro parental debido a la vergüenza. Entonces el pudor también se resignifica y puede ser considerado como un velo que representa una capa protectora de los secretos, intenta cubrir aquello que no quiere ser visto. Como similitud que tienen la vergüenza y el pudor es que ambas son producto de la mirada de un otro, quien primeramente es el Otro parental (Fernández, 2022; Janin, 2015). Por lo contrario a lo dicho anteriormente, Miller (2004) se refiere al pudor como un antónimo de la vergüenza, y remarca su carácter amboceptivo, ya que surge tanto del lado del sujeto como del lado del Otro, es una doble atadura, y en esta relación es el Otro quien hace la coyuntura esencial del ser del sujeto. Pero está de acuerdo con que la vergüenza solo aparece una vez que el otro atraviesa los límites del pudor.

Aunque el término *aidós* sirve para diferenciar la vergüenza y el pudor, existen otros autores que la centran en torno a la vergüenza, como el filósofo francés Frédéric Gros (2023), quien lo define como un autoafecto que atañe a la vida como un mecanismo de regulación social, son experimentos mentales que uno repite para estructurar una relación ética consigo mismo. Además, agrega que la moral es algo pertinente a la culpa, mientras que la ética se atañe a la vergüenza. Entonces, el *aidós* es una vergüenza ética sostenida por la imaginación, no es una emoción ni una virtud. Los conceptos de lo moral y la ética deben evitar confundirse para que no se suprima la libertad del sujeto ético, por esto Hornstein (2011) los diferencia, la moral se refiere al sujeto que debe ajustarse a las obligaciones y prohibiciones impuestas por las leyes que dictaminan lo que está bien y lo que está mal, es entendido como algo universal. En cambio la ética, es algo más personal, no se rige por fuerzas externas, actúa basándose en su convicción interna para demostrar su valor, el sujeto ético pone en duda las leyes que no se adhieren a sus principios.

Para finalizar, se puede decir que la vergüenza es un sentimiento doloroso e inescapable a lo largo de la vida, puede aparecer como una formación reactiva en el caso de la culpa o como un síntoma en el caso del pudor. La mirada del otro es una de las características definitivas de la vergüenza, sin esta mirada la vergüenza no puede ser descubierta, por tal es fundamental desarrollar el valor que ocupa en la constitución psíquica de la vergüenza.

Vergüenza social

Para comenzar, se puede entender la vergüenza como un sentimiento delimitado por aspectos sociales, ya al comienzo de este trabajo cuando se habló de Aristóteles quien proclamó que para que la vergüenza surja es necesario ser descubierto por otra persona, lo que resalta la importancia de la comunidad. Sobre esto el sociólogo Vincent de Gaulejac (2015) profundiza aún más y dice que en el encuentro que tiene la conciencia de sí mismo con la mirada del otro surge la vergüenza, refiere que “es la experiencia del vínculo social, es tomar en cuenta la experiencia a través de su mirada y, por lo tanto, las normas que

fundan la sociedad en la que yo vivo (p. 171)". La vergüenza se muestra cuando el sujeto baja la mirada y se ruboriza, aunque no es necesario que el otro esté presente. Además, para profundizar estos aspectos Gaulejac (2015) en su trabajo sobre la vergüenza estudia los aportes de Sartre y Camus, el primero plantea que la vergüenza ocurre en el reconocimiento que hay entre la mirada de los otros y la mirada propia que se tiene sobre uno mismo, en este encuentro surge la conciencia social y la vergüenza que nos vuelve sujetos en el mundo. Este es un proceso traumático para el sujeto que debe abandonar sus ideas megalománicas y adoptar los caracteres antagonistas y complementarios pertinentes a la vergüenza, tales aspectos son:

La vergüenza es inclusión y exclusión, desgarrar al yo en dos partes: una es objeto de vergüenza y rechazo; la otra, avergüenza y rechaza. Una es objeto de oprobio; la otra, de socialización, puesto que permite al individuo afirmar el vínculo con los valores y las normas de su comunidad social. El individuo siente vergüenza justamente porque adhiere a esas normas (Gaulejac, 2015, p. 175).

Por otro lado, Camus (citado en Gaulejac, 2015) asocia la vergüenza a las diferencias de clases, debido a la situación económica en la que uno se encuentre se pueden producir la humillación y estigmatización, en este caso la mirada del otro da cuenta de estas diferencias. Este tipo de vergüenza puede dar origen a la rebelión contra las formas de dominación y la emergencia de un sujeto social. A su vez propone que una vez que los sujetos se liberen de búsqueda de la perfección les permitirá convivir con sus propias vergüenzas y la de los demás.

De forma semejante Gros (2023) plantea que la vergüenza social surge cuando se produce un encuentro con el otro y se genera una reiteración interior en el sujeto que dará cuenta de su inferioridad, previo a esto el sujeto no sentía vergüenza de su posición en la sociedad. Esta reiteración interior puede tener dos destinos, uno es la introyección del desprecio social, y la otra vía es ambición rabiosa que produce el desprecio ajeno, el rencor contra el otro aumenta y la ira hacia uno mismo por aceptar el sistema de valores injusto al

que se le es impuesto. En el encuentro entre los grupos dominantes con los dominados los primeros utilizarán estigmas para delimitar a los normales de los anormales, los estigmas se emplean para designar un rasgo que conlleva una fuerte desvalorización social. Sin embargo, resulta necesario pensar en términos de relaciones más que de atributos individuales. Se pueden distinguir tres tipos de estigmas: las abominaciones del cuerpo, deformidades; defectos de carácter individual, atributos considerados desviados de las normas morales; y estigmas tribales de raza, religión o nación. La vergüenza surge cuando uno percibe la impureza de sus atributos (Goffman, 2006). Este no es el único dispositivo responsable de la creación de la vergüenza, Gros (2023) añade dos más, en primer lugar la inferiorización, sostenida por la distribución de poderes y riquezas, marca la desigualdad de clases y razas; el segundo mecanismo es la reducción a estereotipos, que sume a las personas a diversos clichés, reduciendo de su personalidad sin permitir conocer de verdad al otro, entonces se dice que “si son vagos, entonces no los estamos explotando; si son seres inferiores, entonces no los estamos rebajando (p.163)”. Estos mecanismos delinear las barreras y obstáculos que el otro impone ante la dignidad personal, las capacidades de un sujeto considerado inferior son continuamente reducidas, de igual manera lo es su existencia, siempre y cuando él interiorice y acepte esos mandatos.

Teniendo en cuenta lo anterior se entiende que la sociedad es responsable de infligir vergüenza en los ciudadanos y también se encarga de protegerlos de la misma. La sociedad dictamina leyes para brindar acogida a sus ciudadanos ante actitudes degradantes, la institución con mayor impacto en un sujeto es el de la familia, por eso “las normas públicas de una sociedad respecto a género, sexualidad y discriminación influyen en la vida de los progenitores y, por ende, en la de sus hijos, de muchas maneras diferentes (Nussbaum, 2008, p. 264)”. Se comprende que si los progenitores se aferran a valores discriminatorios también los compartirán con sus hijos, quienes inocentemente reiteran lo aprendido, y de este modo se reproducen los juicios morales dominantes.

En cuanto a la relación Estado y vergüenza como mecanismo de humillación pública, se puede remitir históricamente a castigos como la picota, la cual fue hace muchos años

abolida, los estados abordaron otros tipos de castigos para los convictos, como la encarcelación, así las penas pasaron al ámbito privado. Pero parece que en la actualidad se busca volver a la humillación pública (Brodsky, 2017). Dicho lo anterior, Nussbaum (2008) coincide con esa noción, afirma que en la actualidad grupos conservadores quieren volver a revivir el rubor de la vergüenza como castigo contra las personas que caen bajo ciertos estigmas, con el fin de promover el orden social y sostener valores tradicionales. Pero la humillación no es confiable ni la mejor manera de castigo ante actos delictivos, el gobierno debe tomar medidas de reforma y reintegración para no exacerbar los sentimientos de vergüenza, ira, culpa y tristeza que tan solo terminan dividiendo aún más a la sociedad. Uno de los antídotos más importantes contra los estigmas son los derechos de libertad y la garantía de protección que proporciona el gobierno, las leyes deben ofrecer protección igualitaria a todos los ciudadanos. En realidad, los castigos públicos generalmente son administrados por la turba, pero el gobierno puede ser un ente que incita a la multitud a castigar a las personas consideradas desviadas, indiferentemente de que haya cometido un acto merecedor de ser castigado (Nussbaum, 2008). Hay que remarcar también que la humillación pública puede ser vista como un tipo de justicia expresiva, en donde se plantea abandonar los planes de reeducación y reinserción social porque se consideran fracasos. La justicia expresiva es la justicia espectáculo, es mediática, comparable a un teatro en donde las palabras y máscaras están de más, pero es esencial que los actores y el público se miren a los ojos, “al público le toca rasgar el velo del pudor, a distinguir de la vergüenza. Está concierne a la acción, el primero al juicio (Brodsky, 2017, párrafo 17)”.

A modo de ejemplo de un tipo de vergüenza marcada por el Estado son los muros de la vergüenza, Eslava-Zapata & Chacón-Guerrero (2022) dicen que:

(...) los muros representan una forma de esconder la existencia humana y segregar los sectores más deprimidos de la sociedad. Los muros son más que una barrera, pues llegan a ser un símbolo de agresión, ocupación, violación de derechos humanos, que atentan en muchos casos contra la vida de los migrantes (párrafo 79)

Se entiende que los gobiernos intentan justificar la existencia de estos muros bajo pretextos de protección de la nación y control migratorio, el silencio de la población solo hace que estos muros se mantengan firmes, y que las personas del otro lado del muro interioricen los estigmas creados por el gobierno (Eslava-Zapata & Chacón-Guerrero, 2022). La sociedad es consciente de lo que pasa al otro lado del muro, pero mediante el silencio y los juicios propios del Estado se resguardarán para pensar que sus actitudes son correctas, ellos son los del bien, los normales y quienes se encuentran del otro lado del muro deben sentir vergüenza por su condición. Cuando la nación es responsable de engendrar la vergüenza se puede hablar de una vergüenza patriótica, Gros (2023) la desarrolla cómo el sentimiento teñido de ira y decepción ante los responsables políticos de su nación. Las leyes impuestas por las personas que gobiernan los pueblos dictaminan quién es culpable y quién es inocente, pero estos no son términos contrarios, ya que lo opuesto a la inocencia es la lucidez, “y el que siente vergüenza está lúcido, ve como las injusticias y las desigualdades están avaladas por la ley, la justicia y la Iglesia (p. 179)”. Para que la vergüenza se vuelva un motor de cambio político debe de volverse colectiva, de este modo conmueve al sujeto de las barbaridades cometidas por su país de origen en el pasado. La disculpa es una acción política que permite reconciliar las heridas del pasado y reconstruir la identidad colectiva de la nación. La vergüenza tiene un doble accionar, por una parte expone los crímenes de la nación, y por otra parte busca afirmar la identidad de la nación, pero es necesario reconocer las injusticias que ha propiciado en el pasado para restaurar su imagen y cumplir con las expectativas del ideal social (Ahmed, 2015).

En contraste a los aportes anteriores, Luz et al. (2006) & Schvartzman (2019) afirman que en la actualidad se considera que la vergüenza es una emoción en desuso, ya no tiene el mismo peso que solía tener en el pasado, y al estar en cierta manera olvidada también lo están el respeto y la consideración a los demás. Esto ocurre porque las prioridades han cambiado, lo más importante es la inmediatez y la imagen, regida bajo una ideología que exalta la libertad individual, promoviendo la aceptación de uno mismo y la exposición de la propia identidad sin disimulos, es la búsqueda de una forma más auténtica de ser y

pertenecer, orientada a desprenderse de valores tradicionales y abrirse a nuevas posibilidades. No obstante, bajo el amparo de esta noción de libertad, se han acentuado ciertos rasgos contemporáneos: la primacía de la imagen por sobre las ideas, la necesidad de certezas y el rechazo de la duda, la soberbia, el exhibicionismo y una búsqueda compulsiva de la felicidad, que conducen a una incesante e irrefrenable búsqueda del éxito.

De manera similar, Gros (2023) afirma que el valor ético de la vergüenza se ha debilitado en favor de la cultura de la culpa, los pilares que efectúan dicho cambio son el *capitalismo*, promoviendo intercambios comerciales en donde todo se vende y revende; el *liberalismo*, que se centra en la individualidad, alejándose de los códigos familiares previamente considerados sagrados; y el *centralismo político*, que organiza a la sociedad a base de leyes. Entonces la vergüenza se encuentra descentralizada, será menos dramática y más monetizable, el honor se desdibuja para dar paso a la búsqueda de lo normal. Este proceso ocurre debido a las violencias simbólicas y poderes estigmatizantes que producen experiencias de humillación que dividen a los sujetos en buenos y malos, se puede decir que “la sociedad es un sistema de sitios, y la humillación pone a cada uno en el suyo, hace que cada uno sienta ese lugar, siempre inferior (p. 44)”. Agregando a lo anterior, Gaulejac (2015) dice que los valores morales antiguos son el respetar el código de honor y no rebajarse, pero estos son considerados anticuados en muchas sociedades, hoy en día lo que más importa es el amor propio, y uno mismo debe hacerse cargo de sus fracasos y logros. La moral ha perdido su valor siendo el mercado lo que toma notoriedad “la imagen se ha vuelto una noción de marketing consistente en vender un producto, una empresa, un candidato a una elección o un empleo (p. 314)”.

No obstante, Gaulejac (2015) afirma que la vergüenza no ha desaparecido, siempre está presente en la intimidad de las subjetividades, la vergüenza aún depende de la mirada del otro, y es en ese encuentro que da cuenta de la otredad y la emergencia de combatir contra los valores negativos que se le pretende adscribir. Conforme a Gros (2023) plantea que en la actualidad es común encontrarse con la vergüenza digital que pasa por diferentes redes sociales y plataformas virtuales, como Facebook e Instagram, uno se exhibe y se vende por

internet. En esta virrealidad las e-reputaciones pueden ser destruidas al convertirse en víctimas de ciberacoso de sujetos anónimos. Del mismo modo, Reenkola (2005) plantea que la vergüenza aún está presente, solo que las condiciones para que surja han cambiado. La autora plantea que la vergüenza sigue apareciendo ante la revelación de la vulnerabilidad propia y de los deseos que no concuerdan con los ideales del yo.

Se debe agregar que en la actualidad se pretende que la vergüenza tiene que cambiar, para que esto ocurra Gros (2023) propone cuatro lógicas, la primera es la inversión, se trata de reivindicar aquello que los demás utilizan como herramienta de estigmatización y convertirlo en objeto de orgullo; la segunda forma es la proyección, en este mecanismo se pretende que sea el agresor quien sienta vergüenza y no la víctima, es una devolución remitente; la tercer vía es la subversión, comprendida como una resistencia simbólica ante el menosprecio social, se adopta la pobreza y humillación como medios de exponer y cuestionar los valores dominantes, es una apropiación radical; y por último está la purificación, en este caso se pretende la ira aflore de las profundidades de la vergüenza, es una ira en contra la crueldad de los dominantes y contra uno mismo al haber permitido ser dominado. La ira es la chispa que permite el cambio, es lo que hace que la vergüenza pueda ser revolucionaria, y también porque funciona con imaginación. Si esta imaginación es buena alienta el ardor de la ira, reinventa identidades e inventa solidaridades, la imaginación permite descentrar al sujeto. Pero la mala imaginación puede ser violenta y desoladora, en estos casos la imaginación se pone al servicio de la tristeza y no al de la ira. Gros (2023) dice que la función de la imaginación es la de separar la realidad de lo que se tenía aceptada, las sociedades occidentales se estructuran mediante estructuras orientadas a desincentivar la imaginación. Por tanto, la vergüenza es la "oscilación dolorosa entre tristeza y la ira, conoce un doble destino: el destino sombrío y frío que desfigura y conduce a la resignación solitaria, y el destino luminoso y ardiente que transfigura e impulsa las iras colectivas (p. 195)".

Por todo esto, los aportes de Honneth (1997) van de la mano con lo dicho hasta ahora, para el reconocimiento se necesita tres esferas que les proveerán a las personas el valor

para autorrealizarse, estas son las del amor, la cual es constituida por las relaciones familiares, de amistad y sexo-afectiva que contribuyen para la autoconfianza; la esfera del derecho, es la cual determina los privilegios enmarcados en un ámbito jurídico, reconociendo a la persona como un miembro de un plano universal de sujetos generando el autorrespeto, y por último el de la solidaridad, en donde se centra en la aprobación y valoración de las habilidades individuales que brindan otros sujetos a un individuo, suscitando la autoestima. Cada una de estas esferas contiene una forma de menosprecio, para la solidaridad es la deshonra y discriminación, la del amor es la tortura y violaciones físicas y psíquicas, y la del derecho es la desposesión de determinados derechos que privan la completitud de la imagen como sujeto social. Si bien la vergüenza se puede ubicar como una respuesta emocional ante el desprecio que surge en la esfera de la solidaridad, también aparece en el derecho, en referencia a cómo el Estado debe promover leyes de protección de todos los ciudadanos. Y en el amor, debido a que la familia de origen que es el primer agente que brinda sostén emocional y de cuidados, cuando esta falla en cumplir las expectativas del infante aparece la vergüenza. Cuando las tres esferas cumplen con los valores necesarios para promover la autorrealización personal, la persona podrá aceptar la vergüenza propia y la de los demás, y encontrar una comunidad inclusiva y contenedora, si esto no ocurre hay que rebelarse ante las formas de dominación presentes en la sociedad.

En suma, se puede decir que la vergüenza sigue siendo un sentimiento que surge en el encuentro con el otro, nos une a la sociedad, pero a la vez nos puede distanciar por los muros tanto simbólicos como reales que darán cuenta de los estigmas. Se necesita del reconocimiento del otro, el cual este debe ser acogedor, pero no solo el de la sociedad, sino también en del Estado y de una comunidad cercana. Si esto no ocurre se debe luchar contra los valores morales que intentan desprestigiar diferentes existencias, la vergüenza dejará de ser un efecto solitario para volverse revolucionaria.

La vergüenza en torno a la identidad de género

En este apartado se desarrollará cómo la vergüenza se construye y vive de manera diferente dependiendo de la identidad de género. Ya se aclaró que la vergüenza surge en el encuentro con el otro, es necesario vincularse para adoptar las normas que nos indican qué actitudes pueden ser respetadas o descalificadas socialmente. La imagen social del cuerpo es definida a partir de sus diferencias anatómicas, se divide en activo, propio del orden de lo masculino, y pasivo, asociado al orden de lo femenino. Los cuerpos, y por ende los deseos, son moldeados para aceptar y reproducir la dominación del orden patriarcal, se espera que los cuerpos masculinos estén socialmente vinculados con el deseo de dominar, mientras que de los cuerpos femeninos se espera que deseen ser dominados. Estas jerarquías de dominación y sumisión son producidas y reproducidas a través del habitus, las cuales son las disposiciones sociales que se transfieren e internalizan conforme al contexto social (Bourdieu, 2000). Entonces los cuerpos deben cumplir con los patrones esperados por ellos para no generar malestar y decepción, por lo que Bourdieu (2000) plantea la violencia simbólica como forma de control social, particularmente destaca la dominación masculina la cual produce efectos negativos en ambos cuerpos, si se piensa en binarismos, por un lado, las mujeres experimentan una dependencia simbólica que refuerza su posición subordinada, mientras que los hombres viven bajo la presión constante de demostrar su virilidad ante los demás y ante sí mismos. El incumplimiento de estas exigencias suponen la pérdida de honor y prestigio social en un marco regulado por valores androcéntricos. El honor es un capital simbólico que brinda reconocimiento en la sociedad, la mujer al ser subordinada del hombre cuando su honor disminuye también disminuye el del hombre, específicamente su marido pero también puede afectar el honor de su padre e hijo (Bourdieu, 2000; Lamas, 2022).

Con respecto a esto, Lamas (2022) dice que el honor y la vergüenza aparecen como códigos impuestos culturalmente que cambian con el pasaje del tiempo, pero el elemento que se mantiene es la pérdida de honor de las mujeres que usan su cuerpo de manera

sexual. En este marco, surgen términos como *puta* o prácticas como el *slut-shaming* (del inglés, con la misma connotación de denigrar a la mujer por su actividad sexual), que operan como mecanismos de castigo y estigmatización (Mann, 2018).

Por otra parte, Ahmed (citada en Lamas, 2022) propone que la cultura y las emociones se interrelacionan, configurándose mutuamente, moldeando a las personas y a la sociedad, por tanto se debe hablar de una economía de las emociones, a modo de ejemplo se puede decir que si la economía emocional predominante sobre el trabajo sexual de las mujeres es la vergüenza, ellas sentirán vergüenza de su oficio, pero si se reestructura y desarticula la vergüenza, las trabajadoras sexuales tomarán noción de que la vergüenza radica en la injusticia social. Se entiende que la vergüenza surge en marcos de desigualdad estructural, y es mediante el apoyo social se logrará desestigmatizar estos roles.

En cuanto a las diferencias corporales, Quinodoz (2003) dice que se puede entender como teoría del monismo fálico a como se definen los sexos en cuanto a la presencia o ausencia del pene, sobre esto hay que recordar que para la teoría psicoanalítica lo que importa es el papel del órgano en cuanto al ámbito de las fantasías, o sea que en el plano de la realidad biológica y anatómico no son importantes, la autora plantea que:

Así, cuando hablo de «pene», busco principalmente destacar el órgano que constituye el punto de anclaje corporal del que surgen las fantasías en torno a la capacidad masculina de erigirse, penetrar, pasar de un estado de relajación a uno de excitación, así como fantasear en torno a la distinción entre función urinaria y función sexual. Además, cuando hablo de los órganos sexuales femeninos, lo hago con la misma intención, refiriéndome tanto a los aspectos simbólicos como biológicos. De hecho, son las fantasías evocadas por las funciones de estos órganos sexuales femeninos las que importan, más que los órganos en sí mismos (p. 1842).

No obstante, Lacan (citado en Quinodoz, 2003) se aleja del anclaje corporal de las fantasías, y propone dos falos, uno es el falo imaginario como un objeto parcial separable, esencial para aceptar el complejo de castración tanto en los niños como las niñas, este es

considerado por el infante como el objeto de deseo de la madre al cual el niño debe renunciar. Y el otro es el falo simbólico, es un significante simbólico que solo los hombres tienen, pero esta ausencia a nivel simbólico también es una presencia. Con la carencia del falo simbólico se puede simbolizar su incompletud permitiendo renunciar la omnipotencia infantil.

Pero esta idea de que la mujer se encuentra en deficiencia corporal en comparación al hombre es una creación del hombre por medio del entrelazamiento de las normas sociales, que están regidas por patrones patriarcales (Matthis, 1981; Reenkola, 2005). En relación con este concepto, Butler (2002) se cuestiona la idea del cuerpo, para ella el cuerpo no se define en su aspecto anatómico y debate los aportes psicoanalíticos de Freud y Lacan para entender el cuerpo, ellos pusieron foco en el ser y tener falo, pero esta es una lógica falogocéntrica restrictiva para el entendimiento del cuerpo humano, por tanto ella propone pensar en el falo lesbiano. Sobre esto la autora dice:

(...) el falo no tiene ninguna existencia independientemente de las oportunidades de su simbolización; no puede simbolizar sin su circunstancia. Por lo tanto, el falo lesbiano ofrece la oportunidad (una serie de oportunidades) de que el falo signifique de maneras diferentes; y al significar así, poder re significar, inadvertidamente, su propio privilegio masculinista y heterosexista (p. 141).

Por tanto, el falo lesbiano es un significante inestable que no se constituye por los rasgos anatómicos, al ser inestable siempre va a cambiar conforme a los contextos en los que se encuentra el sujeto, esto permite ver y producir nuevos imaginarios corporales los cuales se construyen mediante las cadenas de significantes culturales. El falo falla como significante de la sexualidad de las lesbianas, ya que las posiciona en un lugar de inadecuación generando vergüenza y repudio. También hay que tener en cuenta que este falo lesbiano no se trata de la apropiación del falo por las lesbianas sino más bien en que el deseo permite resignificar su idea, ya que no se está hablando del pene, o un pene lesbiano, ni de una nueva parte del cuerpo sino que se trata de desplazar los valores dominantes que son

designados debido a las diferencias biológicas, además esta teoría ofrece esquemas imaginarios alternativos que permitan constituir sitios de placer erógeno (Butler, 2002).

Aunque generalmente la mayoría de los aportes bibliográficos de la corriente psicoanalítica enfocados en la vergüenza femenina sugieren la ausencia del pene como el origen de su malestar, es una falta corporal que la acompañará por toda la vida y es difícil de reparar. Sobre esto, Quinodoz (2003) plantea que la vergüenza femenina puede ser definida por lo negativo refiriéndose a las fantasías de no tener un pene, cuando la mujer no puede aceptar esta realidad surgirá la culpa. Por otro lado, la feminidad puede ser definida positivamente refiriéndose a que en las mujeres a pesar de presentar el complejo de castración, ellas no experimentan la ansiedad de ser castradas, la mujer puede comprender esto mediante el proceso terapéutico y se sentirá aliviada de su condición. Así ella podrá liberarse de las dos vergüenzas que la agobiaban, la vergüenza por no tener pene y la vergüenza por sentirse insuficiente y creer que por ser mujer no valía nada. Al definir la feminidad positivamente permite reconocer el papel que desempeñan los órganos sexuales femeninos alejándose de la idea de pasividad y promover su desarrollo. Las actividades específicas de los órganos femeninos es la capacidad de recibir, contener y expulsar.

Por otro lado, Matthis (1981) plantea que la mujer siente vergüenza de manera constante debido a que ella nunca va a saber qué es lo que le falta y tampoco va a poder obtenerlo para sentirse completa, además la vergüenza se exagera al creer que el objeto idealizado sabe que es lo que le falta y por causa de esta falta la niña es rechazada. La sensación de fracaso y desamparo generados por la deficiencia genital solo produce vergüenza si la niña se siente obligada a aceptarla, si ella la internaliza esto en casos extremos puede culminar en la muerte psíquica de las mujeres. A esto agrega que para poder mitigar la vergüenza es necesario el desarrollo personal como el estimulación psíquico y el logro intelectual.

Desde otro punto de vista, Reenkola (2005) dice que la vergüenza surge cuando el ideal del yo y el yo entran en conflicto, o sea que el deseo de satisfacer las pulsiones se enfrentan con las restricciones internas. A esto agrega que la vergüenza surge de los conflictos internos entre los deseos simbióticos y los anhelos de separación. La ruptura de

la alianza simbiótica genera un estado de fragilidad en el niño, este puede llegar a sentirse defectuoso, pequeño y sucio. Este proceso de separación es un trabajo más duro para la niña, en especial cuando la madre se rehúsa al quiebre de la alianza. Además, otro modo en cual surge la vergüenza en la niña es por el doble rechazo que sufre en su infancia, primero por la madre y luego por el padre. El narcisismo de la niña sufre al saber que ella no puede satisfacer a la madre, mientras que su padre si puede hacerlo, genera envidia al pene y una profunda vergüenza. Esto lo puede superar al identificarse con su madre y ser apreciada por su padre. Otro golpe al narcisismo en la niña es que el padre no satisfará los deseos edípicos de la niña. Los dos objetos de amor al haber rechazado a la niña generan mucha vergüenza en ella pero no está todo perdido, la cura para la vergüenza es el amor (Mann, 2018; Reenkola, 2005).

Todavía cabe señalar la importancia de las experiencias corporales, pudiendo ser interpretadas por medio de la fealdad física, lo cual está vinculado a las exigencias impuestas por su ideal del yo. Otra interpretación ocurre una vez que la niña entra en la etapa de la adolescencia y su cuerpo cambia, lo cual también es producto de vergüenza, comienza la menstruación que al igual que la expulsión de otros fluidos como la leche, orina en casos de incontinencia y el líquido amniótico pueden ser percibidos como vergonzosos. Con el envejecimiento y el fin de la menstruación la mujer puede sentir vergüenza de ya no poder tener el cuerpo de la mujer joven ideal, pero a la vez puede dar alivio al finalizar su periodo fértil y poder retomar control de su cuerpo (Reenkola, 2005).

Por el contrario, los resultados sobre la vergüenza masculina fueron escasos e incluso la mayoría fueron realizados hace pocos años, es posible que haya sido poco estudiada ya que el sentimiento que es más aceptado para los hombres es el enojo, y la vergüenza, entre otros sentimientos, es percibida como un signo de fragilidad (Lopez & Ramos, 2018). Por lo cual, resulta necesario entender la identidad masculina y porque eso conlleva a la invisibilización emocional. Una de las autoras que brinda pertinentes al respecto es Badinter (1993), ella plantea que el hombre tiene que “convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual (p. 51)”. El hombre

siempre está en lucha con lo femenino, al nacer se encuentra en una posición de pasividad y dependencia en relación a su madre y al crecer tiene que abandonar esta posición por una activa y masculina. Esta es la condena de ser hombre, la constante lucha contra lo femenino, tiene que abandonar lo que primeramente es para adoptar lo contrario, y por consiguiente el proceso de masculinización es más difícil y doloroso que el proceso de feminización en las mujeres quienes fácilmente adoptan las identificaciones tempranas de su madre (Badinter, 1993).

Cabe mencionar además, que el ideal masculino se basa en que los hombres deben seguir cuatro consignas: no ser afeminado, tiene que ser exitoso, ser independiente, y ser más fuerte que los demás. El hombre que siga estas consignas es un verdadero hombre duro. Estas son muy difíciles de seguir, lo cual puede generar sentimientos de incompletud e incompetencia, por ello intentarán compensar esto siendo hiperviriles. Ser homosexual también es una falla en este ideal ya que se considera que el hombre pierde su carácter activo (Badinter, 1993). Se podría decir que la vergüenza en los hombres surge al fallar su ideal de masculinidad, él debe mantenerse siempre en alerta para poder convencer a todos que es un verdadero hombre duro. El miedo de ser descubiertos como homosexuales genera vergüenza ante el pensamiento de los otros hombres, quienes ya no lo verán como un hombre, su capital simbólico de honor se reduciría considerablemente (Bourdieu, 2000; Kimmel, 2018). Asimismo, muchos hombres tienen un ideal masculino tradicional de ser los proveedores en sus familias, la pérdida de empleo genera malestar, vergüenza, tristeza y enojo que les cuesta expresar claramente ya que estos sentimientos los consideran señales de debilidad (Lopez & Ramos, 2018).

A pesar de haber una mayor producción bibliográfica que indica que la vergüenza es un sentimiento más doloroso en la mujer, Laso et al. (2023) afirman lo contrario, ya que en base al orden social de género el que organiza simbólicamente los roles, prácticas y acciones que diferencian ambos géneros, tanto los hombres como las mujeres deben adscribirse a estas normas para no ser sancionados socialmente o experimentar la muerte simbólica que conlleva la pérdida de estima y amor por sus pares. Pero la masculinidad está

en constante sospecha de su hombría, por tanto deben de ocultar sus malestares emocionales, adopta una postura de super-machos o actitudes evitativas para ocultar su vergüenza. Por tanto, Laso et al. (2023) dicen que:

Con la vergüenza el sujeto reafirma esa relación de dominación ritualizada y reiterada con las normativas de género y vive de manera encarnada las sanciones y el miedo a la pérdida de jerarquía que se le había otorgado por no poder reproducir y cumplir con las normas sociales que le fueron impuestas (p. 59).

Dicho lo anterior, la vergüenza puede ser interpretada como guardiana de la dominación masculina y los ideales de los hombres duros. Siguiendo esta idea, Alvarado-Grecco (2024) toma los aportes del filósofo Max Scheler, quien desarrolló la vergüenza protectora definida como “un sentimiento de índole exclusivamente humana que se refiere al choque entre la parte espiritual con las formas básicas de vida que, en cuanto viviente, vinculan al ser humano con lo animal (p. 65)”. Con esto se refiere a la tensión interna del ser humano, por un lado está la parte espiritual donde reinan valores como la dignidad, la persona tiene conciencia de sus valores; y por otro lado se encuentra la parte instintiva la cual se asemeja a los animales, se vincula al cuerpo y los impulsos. La función protectora se remite a la protección de la intimidad del sujeto, las partes instintivas deben ser ocultadas para evitar que se decaiga su dignidad. Para que esta vergüenza se estructure necesita de dos momentos: “El primero de ellos consistiría en un giro reflexivo hacia sí, la conciencia que es objeto de este sentimiento; el segundo, en la percatación de nuestra pertenencia a un orden más general que pone en entredicho nuestra individualidad (p. 65)”. Con respecto a esto, el primer paso indica que el sujeto se mira a sí mismo desde afuera, y el segundo se da cuenta de que no está solo en el mundo. En este choque entre la individualidad y la pluralidad surge la vergüenza protectora, que intentará evitar que los valores individuales sean consumidos en su totalidad por la segunda. Sobre esto, Alvarado-Grecco (2024) dice que la vergüenza protectora estructura la masculinidad en el sentido que genera estrategias de protección al sentirse vulnerado, por ejemplo evitará consultas médicas, o con

terapeutas, ya que él debe ser una persona autosuficiente con la capacidad de sanar por su cuenta. También estructura en el sentido que los lleva a participar de actividades peligrosas con el fin de demostrar ante otros hombres su valor.

Como solución para los malestares que advienen de los ideales simbólicos de la sociedad, Preciado (2002) propone que debemos rechazar lo que aceptamos como natural y tomar la contra-sexualidad como teoría que define al cuerpo más allá de sus binarismos, sostiene que el género y la sexualidad se organizan mediante los productos tecnológicos. Para el autor el deseo no es algo natural, se enfoca en el dildo, que a pesar de ser prostético se muestra como la excitación y el deseo pueden pasar por allí, el dildo es un contrafalo que puede ser desmontado, cambiado y reapropiado. Con semejantes cambios en la percepción e ideas en torno al cuerpo permite no solo a las mujeres a escapar de las ataduras falógocéntricas, a los hombres les concede apaciguar los sentimientos de menosprecio y vergüenza que pueden surgir al ser considerados incompletos.

En definitiva, la vergüenza se expresa mediante los cuerpos determinados por los hábitos, los hombres y las mujeres están sujetos a los ideales simbólicos dominantes, ambos experimentan vergüenza a lo largo de su vida, en los dos surge en la niñez y al tomar cuenta de ella viven en constante lucha para no desprestigiar su honor. Parece que todavía hay un largo camino por recorrer para el reconocimiento de las emociones de los hombres. Es hora de abandonar los binarismos de género y valores adjudicados a la anatomía que son tan solo un invento de la dominación masculina.

Vergüenza en el proceso terapéutico

Por lo que se refiere a la acción del psicoanalista, consiste en facilitar la articulación entre los sentimientos y la historia de vida del consultante, una conexión que se encuentra debilitada a causa de sus experiencias previas. El poner en palabras estos temas permite reescribir la historia, y apropiarse nuevamente del dominio de su cuerpo. Aunque esto sea mediante el revivir emocional de algunas experiencias traumáticas, el psicólogo debe de

estar preparado mediante una posición activa que le permita señalar cualidades valiosas de una persona, poder contenerla y acompañar en este proceso (Boxó-Cifuentes, et al., 2013). Se debe agregar que al centrarse en la vergüenza uno debe tener en cuenta ciertos elementos, Luz et al. (2006) plantean que el analista debe tener cuidado al momento de interpretar al paciente, específicamente distinguir al que sufre de la culpa del que sufre de la vergüenza, sino la situación del paciente puede llegar a empeorar, su vergüenza se amplificaría y los resentimientos se engrandecerían. Estos sentimientos pueden volverse destructivos, ya que en su afán de preservar sus secretos e imagen idealizada, el consultante buscará destruir al otro. Siguiendo este hilo se pueden agregar a los aportes de Green (1999), quien marca que los narcisistas morales necesitan de la estima del analista, considerada una variable del amor que el narcisista moral busca, ellos consideran que el analista reconocerá sus sacrificios del placer. El paciente intentará esconder su malestar, su corporalidad será rígida y distante para evitar develar sus secretos más ocultos, las evidencias de su dolor surgen en el proceso terapéutico comúnmente mediante la ruborización, el sudor, las lágrimas o los ruidos intestinales.

Por lo que se refiere a los mecanismos de defensa, estos aparecerán para proteger a la persona de sus ansiedades, y varían según el tipo de afección que padezca (Laplanche & Pontalis, 1996). Así que en el caso de un paciente que sufre de vergüenza intensamente, Laval (2003) menciona la *negación* como un mecanismo de defensa que está presente, ya que el yo se niega a aceptar una parte del ello. Particularmente, Freud (1925) define la negación como: “un modo de tomar noticia de lo reprimido; en verdad, es ya una cancelación de la represión, aunque no, claro está, una aceptación de lo reprimido. Se ve cómo la función intelectual se separa aquí del proceso afectivo (pp. 253-254)”. Como la vergüenza no es del todo inconsciente el sujeto puede tener un cierto grado de conciencia de qué es lo que teme que sea descubierto, aún no ha aceptado su realidad y ahí es donde el analista debe actuar para que el proceso represivo no se agudice. Además, el analizado bajo pretextos intelectuales busca resguardar su secreto. Por lo cual, Steiner (2015)

propone que en la experiencia clínica se muestra que, ante la angustia, las personas pueden refugiarse en un mundo interno de fantasías que las desconecta del dolor presente. Estos son *retiros psíquicos* que funcionan como espacios seguros donde se busca alivio frente a la ansiedad. Algunos pacientes se aíslan para escapar de una mirada intolerable, desviando la propia hacia el suelo o hacia su interior, evitando así ver y ser vistos.

En cambio, Gaulejac (2015) dice que a pesar de que todos los mecanismos de defensa intervienen en la vergüenza, esta al no ser del todo inconsciente, no es reprimida de la misma forma que la culpa. Solo en parte expresa conflictos intrapsíquicos, ya que también surge como resultado de tensiones que se inscriben en la realidad y en la relación del individuo con su entorno. Por esta razón, resulta más adecuado hablar de *reacciones defensivas* antes que de mecanismos de defensa, puesto que aquellas remiten a los modos en que el sujeto aprende a convivir con la vergüenza, ya sea “el repliegue sobre sí mismo, el secreto, el alcoholismo, la burla, el orgullo, son todas reacciones que revelan su existencia (p. 252)”.

Por ende, Gaulejac (2015) desde la sociología, propone varias maneras para librarse de la vergüenza, lo cual es un arduo y profundo trabajo, en donde los aspectos emocionales, intelectuales y sociales deben ser desenlazados, esto es un trabajo más duro en personas que han sufrido por violencias extremas. Al desenlazar los aspectos aquí mencionados la persona afectada podrá situarse en su historicidad la cual había sido truncada, restaurar el pasado le permitirá elaborar planes a futuro y su identidad tomará un nuevo valor. Específicamente, “El levantamiento de la represión del imaginario pasa por una interpretación de la propia historia que permite posicionarse como sujeto (p. 270)”. Este sujeto podrá integrarse adecuadamente en la sociedad, abandonando la autoprivación que antiguamente era su motivo de orgullo. Del mismo modo, el autor menciona dos estrategias para escapar de la vergüenza, la primera es la militancia, caracterizada por lucha contra el menosprecio, el militante se da cuenta de su opresión e intenta recuperar su dignidad oponiéndose a las normas estigmatizantes. Y la segunda es humor, mediante la burla el

sujeto puede desactivar la vergüenza, toma conciencia de la ridiculez de la instancia en que capta la mirada del otro y acepta el juicio ajeno pero le quita su carga negativa.

Asimismo, el autor también menciona dos maneras en que la palabra pública funciona ante la vergüenza. El primero es el proceso público, el cual permite romper el silencio y testimoniar ante la ley de la cual busca amparo, aunque no es un proceso al cual siempre se pueda recurrir. El segundo son los relatos de vida, estos permiten exponerse ante un semejante que le ayudará a restaurar su imagen, en casos de violencias extremas pueden ser uno de los mejores medios para la cura (Gaulejac, 2015).

Por otro lado, Gaulejac (2015) propone la noción del *impasse* la cual resulta esencial para entender la situación alienante de sufrir vergüenza de manera intensa, este concepto fue desarrollado por el psicólogo Sami Ali, y se entiende como un producto de “un antagonismo entre el deseo de preservar una imagen de sí mismo, de conservar su dignidad y una situación social que hace caer en la degradación (p. 266)”. La vergüenza cumple con una función estructurante, puede actuar para preservar la imagen de sí mismo, adaptándose a las exigencias del Ideal del yo. Pero cuando ocurre una situación que sobrepasa al sujeto, una caída, el sujeto puede aceptar la degradación, en este caso la vergüenza busca el alivio psíquico del Yo mediante la neutralización de las tensiones del Ideal del yo y las exigencias narcisistas. Esto implica una pérdida de la unidad, pero permite al Yo una mínima posibilidad de vivir. Por tanto, se puede decir que “se caracteriza entonces por una represión de la función imaginaria que bloquea la capacidad de proyectarse en otra existencia (p. 268)”. El individuo se estanca en el mundo, el pasado lo ve como algo irreconciliable, y un futuro en donde puede tener una vida mejor le resulta imposible, sus facultades de expresión y de fantasmaticación se encuentran bloqueadas. Para desbloquear estos aspectos el sujeto debe comprender su historia de vida, que lo determinó y construyó en la persona que es en la actualidad, esto tendrá lugar una vez que la represión deje de ejercer efecto en el imaginario.

Como se afirmó en el capítulo de la vergüenza social la imaginación, cuando es buena, es una herramienta necesaria para la descentralización del sujeto, le permite cuestionar su realidad y aceptar las diferencias ajenas, Gros (2023) propone que *contarse historias* influye en la producción de la imaginación, como puede ser la novela familiar, situada entre el espacio que hay entre el fantasma y la realidad. La novela familiar tiene una doble función, en primer lugar es soportar la realidad, en segundo lugar es la posibilidad de corregirla. Al corregir la historia de vida, se crea una nueva realidad, se rehabilita el pasado, se crea un presente en donde sí hay esperanza, y le permite proyectarse a un mejor futuro. Además, está la escritura que funciona como un mecanismo que permite salir del silencio de la vergüenza, permite desarrollar la simbolización y la reconstrucción de su historia (Gaulejac, 2015). De manera similar, Sesé-Leger (2018) plantea la importancia de la novela familiar en los consultantes vergonzosos, el analista debe escuchar atentamente los significantes que componen la red imaginaria de la vergüenza, alimentada por las fantasías edípicas del niño. Será mediante la construcción de la novela familiar que el niño reparara su vergüenza, esta compensación imaginaria consiste en el reemplazo de su familia original por una familia más noble.

En cuanto a Gros (2023), desde una perspectiva filosófica y aportes del psicoanálisis, plantea que la vergüenza debe ser entendida bajo la estructura del après-coup que evidencia la no linealidad del psiquismo, la vida psíquica se cuadra en pliegues y nudos que no siguen necesariamente una temporalidad ordenada del desarrollo del sujeto. A esto agrega que el “après-coup del traumatismo se conjuga en futuro compuesto (p. 147)”. El futuro compuesto es entendido como “el tiempo verbal de la realización desplazada (un pasado que acontece después, un futuro que se inscribe antes) (p. 147)”, es el registro de un acontecimiento no cuando este ocurre, sino posteriormente cuando le doy sentido y lo comprendo. El pasado se divide en dos acontecimientos, en primer lugar los acontecimientos banales y monótonos que se borran con facilidad, son las actividades que uno hace en su vida diaria. Y en segundo lugar están los acontecimientos que se conjugan en el futuro compuesto, que tienen un mayor peso en la vida, se inscriben en el pasado pero

pasan desapercibidos por largo tiempo, sepultados mediante secretos y heridas que terminan desgarrando el presente porque estos sucesos nunca quedaron en el pasado. Por tanto, el psicoanálisis debe consistir en cómo el futuro determina el pasado que aún no se realizó, a diferencia del habitual entendimiento de que el pasado determina el futuro. La cura en el proceso psicoanalítico se trata de identificar los fragmentos del pasado que hasta entonces estaban ocultos, los acontecimientos pasados aún no eran percibidos como algo de la esfera de la realidad, y la única manera de que este proceso ocurra es que el sujeto se someta a la mirada del analista quien le dará distintos puntos de vista y en espacio libre de juicios para poder elaborar su historia mediante el lenguaje (Gros, 2023).

Ya se mencionó anteriormente que la inferiorización, la estigmatización y la reducción a estereotipos son responsables de la creación de la vergüenza, estos mecanismos varían dependiendo los aspectos sociohistóricos y culturales de cada país, por este motivo Yakeley (2018) plantea la importancia de que el analista tenga en consideración los diferentes orígenes culturales del paciente para evitar reforzar los prejuicios culturales.

Pero hay que tener en cuenta que las personas que sufren constantemente por la vergüenza tienen dificultades para expresarse en el ambiente clínico, aunque puede ser un buen indicio, ya que la ruborización en el rostro del paciente indica que se está aproximando a lo que está oculto (Gros, 2023). Sobre esto Gaulejac (2015) dice:

Por un lado aparece la dificultad de la transferencia, porque el sujeto vergonzoso no puede pedir ayuda sino “confesando” su vergüenza, lo cual le resulta insoportable.

Por otro lado existe la dificultad de la contratransferencia, porque los ecos que la vergüenza del otro despierta en uno mismo desestabilizan psíquicamente y generan sentimientos contradictorios (p. 303)

Dicho lo anterior, se interpreta que el análisis de la contratransferencia resulta esencial, ya que la vergüenza vuelve al sujeto especialmente sensible al juicio ajeno, incluso en el plano inconsciente. Por ello, el analista necesita autenticidad y claridad respecto de sus propios sentimientos. Solo quien puede reconocer su propia vergüenza está en condiciones

de vincularse con quienes la padecen intensamente. Las dificultades en el análisis suelen estar ligadas a las resistencias del analista. Su disposición a enfrentar su propia vergüenza determina su capacidad para comprender y acoger la del otro. Por tal es necesaria la escucha emocional que “consiste en funcionar como una cámara de resonancia, es decir, aceptar las resonancias que la historia de vida provoca en uno mismo, a fin de acompañar al narrador en la exploración de sus propios sentimientos (Gaulejac, 2015, p. 309)”. Del mismo modo, Amati-Sas (1990) plantea que la vergüenza que surge en la contratransferencia del analista, se refiere a su conflicto ético, que puede llevarlo a la imprecisión o dar respuestas equivocadas. El analista teme inconscientemente no ser capaz de brindar el apoyo adecuado al consultante. Amati-Sas (1990) dice que: “El sentimiento de vergüenza es en sí mismo una experiencia dilemática, en la que el insight puede conducir al pensamiento simbólico y a la comprensión. Nos obliga a vernos a nosotros mismos dentro de un contexto (p. 942)”. Por tanto, es importante que el propio analista tenga consciencia de su propia vergüenza para que no sea un obstáculo en la terapia, ya que esto puede resultar en una amplificación de la vergüenza en el analista que no es capaz de comprender al paciente o de cumplir con sus ideales profesionales (Reenkola, 2005; Yakeley, 2018).

En síntesis, el estudio de la vergüenza en el proceso terapéutico es un trabajo difícil porque esta se puede ocultar bajo otros sentimientos, como la culpa, para así poder pasar indetectable frente la mirada del analista. Su rigidez corporal marcará señales de resistencia ante la cura. Al ser un sentimiento parcialmente inconsciente es adecuado referirse tanto a mecanismos de defensa como a reacciones defensivas, para así poder entender adecuadamente su desarrollo. Y el analista debe hacer un trabajo previo sobre su propia vergüenza para que no aparezca como un impedimento a la hora de analizar al consultante, además debe autorreflexionar y evaluar su contratransferencia para así poder comprender mejor la vergüenza del consultante.

Reflexiones finales

A lo largo de este trabajo se ve la complejidad de la vergüenza, la cual en un principio puede ser definida en dos componentes, una moral y otra física. En la lengua alemana, se representa como scham para definir el descubrimiento de las zonas genitales, y schande asociada al honor y los valores morales impuestos por la sociedad. La vergüenza surge cuando la mirada del otro nos identifica como objetos dentro de la sociedad, y los instintos más primitivos luchan para no ser consumidos en ese encuentro, pero resulta necesario abandonar los elementos rudimentarios que en un principio nos definen, debe ocurrir la conquista del fuego. Pero no sería correcto olvidar las otras formas de la vergüenza, también existe la vergüenza social que surge en el encuentro con el otro, este otro es quien da cuenta de las diferencias que uno tiene con los demás; la vergüenza ética, entendida como un mecanismo de control social; la vergüenza patriótica, representada por la decepción contra los líderes responsables de su nación; la vergüenza vinculada con la identidad de género, es una extensión de la vergüenza social, y las normas que atañen a cada uno delimitado anatómicamente y por los habitus que reproducen ideologías dominantes; o la vergüenza contratransferencial, resulta propia del analista, y puede convertirse en un obstáculo en el proceso terapéutico. Estas son tan solo algunas de las distintas maneras en que la vergüenza puede ser percibida, a pesar de ser un sentimiento que uno prefiere evitar es más presente de lo que parece.

Además, se entiende que la vergüenza cumple una función estructurante que afecta la temporalidad de las personas, quien sufre de vergüenza intensa no puede conciliar su pasado, no puede centrarse en su presente y el futuro le resulta incierto de tal manera que le genera malestar pensar en el porvenir, no encuentra salida a su pesar porque su historicidad se encuentra interrumpida. Por lo cual, resulta necesario combatir con el menosprecio ajeno encargada en desbaratar la historia de cada uno, y para lograrlo la militancia resulta esencial, se destaca por la descentralización del sujeto permitiéndole actuar en conjunto para recuperar su honor dañado. Aunque se debe recordar que el

psiquismo no tiene linealidad, la vida psíquica es un conjunto de nudos que conforman la historia personal. El traumatismo se ubica en el futuro compuesto, es un futuro aún no ha sucedido, porque la persona no ha podido darle el sentido que merece debido a las reacciones defensivas y mecanismos de defensa que no le permiten afrontar su realidad. Por esta razón, se debe guiarlas para que puedan incrementar sus capacidades imaginativas, con el fin de lograr librarse del poder aplastante de la vergüenza, por eso contarse historias, hablar en grupos de apoyo, e ir a terapia permite reapropiarse de las palabras que hasta el momento parecían pérdidas.

Cabe señalar que en la actualidad la vergüenza ha perdido su valor, aunque eso no significa que haya desaparecido. Hablar de ella genera vergüenza debido a su carácter destructor, pero no es un sentimiento que deba ser entendido únicamente por sus connotaciones negativas. Es más, reconocerla permite que ya no sea algo personal y privado, debe volverse grupal para aceptarse a sí mismo y a los demás. Si la vergüenza se vuelve colectiva se posibilita la reparación del malestar en las personas que se encuentran en situaciones más vulnerables, ya que se promoverán la creación de leyes y normas que amparan la protección de todos los ciudadanos. Por este motivo la vergüenza debe volverse revolucionaria, este no es el mismo fuego de la niñez fue conquistado y sublimado, resulta necesaria una nueva llama que logre derrotar el silencio al que uno es doblegado.

Para finalizar, se podrían haber expandido otras áreas de la vergüenza, como en la adolescencia, instancia esencial en donde se reorganizan las etapas psíquicas de la niñez, en este momento la imagen corporal toma un nuevo sentido. Además, se habló de la vergüenza en torno a la identidad de género pensada en binarismos, y no se abordó diferentes existencias como las personas transexuales, intersexuales o no binarias. Estos desarrollos se vieron limitados debido a la falta de bibliografía y a las limitaciones propias del formato académico de este trabajo. Pero se demuestra que el tema continúa abierto para futuras indagaciones.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2015). Vergüenza ante los otros. En S. Ahmed (Ed.), *La política cultural de las emociones* (pp. 161–190). Cecilia Olivares Mansuy, (Trad).
Universidad Nacional Autónoma de México. (Trabajo original publicado en 2004)
- Alvarado-Grecco, D. (2024). Razones para no ir a consulta: masculinidad y vergüenza en el encuentro clínico. *Metis. Revista interdisciplinaria de fenomenología*, 5, 58–79.
<https://publicacionescientificas.uces.edu.ar/index.php/metis/article/view/1672>
- Amati-Sas, S. (1990). Ética y vergüenza en la contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, 936–944.
- Assoun, P.-L. (2001). *Perjuicio y El Ideal Hacia Una Clínica Social del*. Nueva Visión.
- Badinter, É. (1993). *XY La identidad masculina*. Alianza Editorial.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominacion masculina*. Anagrama.
- Boxó-Cifuentes, J., Aragón-Ortega, J., Ruiz-Sicilia, L., Benito-Riesco, O., & Rubio-González, M. (2013). Teoría del reconocimiento: aportaciones a la psicoterapia. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 33(117), 67–79. https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0211-57352013000100005
- Brodsky, G. (2017). El retorno de la vergüenza. *Virtualia*, 16(33).
<https://www.revistavirtualia.com/articulos/451/malestar-en-la-civilizacion/el-retorno-de-la-verguenza>

- Butler, J. (2002). El falo lesbiana y el imaginario morfológico. En *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"* (pp. 95–142). Paidós.
- Eslava-Zapata, R., & Chacón-Guerrero, E. (2022). Muros de la vergüenza: concepciones desde la gobernabilidad. *Academia & Derecho*, 13(24).
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8702320>
- Fernández, L. (2022). Pudor y vergüenza en tiempos de constitución subjetiva. XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Freud, S. (1992). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans). A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el «Hombre de las Ratas»)*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 10, pp. 1-118). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- Freud, S. (1992). Conferencia 31. La descomposición de la personalidad psíquica. En *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936)*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 22, pp. 53-74). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933 [1932]).
- Freud, S. (1992). Conferencia 33. La feminidad. En *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936)*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 22, pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933 [1932]).

- Freud, S. (1992). De la historia de una neurosis infantil. En *De la historia de una neurosis infantil (el «Hombre de los Lobos») y otras obras*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 17, pp. 1-112). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1918 [1914]).
- Freud, S. (1992). El material y las fuentes del sueño. En *La interpretación de los sueños (primera parte)*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 4, pp. 180-284). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1899).
- Freud, S. (1992). El yo y el ello. En *El yo y el ello y otras obras*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 19, pp 1-66). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1992). Introducción al narcisismo. En *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico Trabajos sobre metapsicología V otras obras*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1992). La negación. En *El yo y el ello y otras obras*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 19, pp 249-257). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- Freud, S. (1992). Manuscrito K. Las neurosis de defensa. (Un cuento de Navidad). En *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 1, pp.260-268). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).
- Freud, S. (1992). Manuscrito N [Anotaciones III]. Las neurosis de defensa. (Un cuento de Navidad). En *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol.

1, pp.296-298). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1897).

Freud, S. (1992). Sobre la conquista del fuego. En *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936)*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 22, pp. 171-178). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932 [1931]).

Freud, S. (1992). Tres ensayos de teoría sexual. En *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. 7, pp. 109–224). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).

Gaulejac de, V. (2015). *Las fuentes de la vergüenza*. Marcela de Grande, (Trad). Sapere Aude. (Trabajo original publicado en 1996)

Goffman, E. (2006). *Estigma: La identidad deteriorada*. Amorrortu editores.

Green, A. (1999). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Amorrortu Editores.

Gros, F. (2023). *La vergüenza es revolucionaria*. Julia Calzada García, (Trad). Taurus. (Trabajo original publicado en 2021)

Honneth, A. (1997). Rememoración histórica. La idea originaria de Hegel. En *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática de los conflictos sociales*. Manuel Ballesteros (Trad.), (pp. 15–81). Grijalbo Mondadori (Trabajo original publicado en 1992).

Hornstein, L. (2011, Noviembre). Desafíos del psicoanálisis: los sufrimientos actuales. En *III Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología (La Plata 2011)*.

- Janin, C. (2006). Por uma teoria psicanalítica da vergonha: vergonha originária, vergonha das origens, origens da vergonha [Hacia una teoría psicoanalítica de la vergüenza: vergüenza primaria, vergüenza de los orígenes, orígenes de la vergüenza]. *Revista De Psicanálise Da SPPA*, 13(3), 469–525.
<https://revista.sppa.org.br/RPdaSPPA/article/view/810>
- Janin, C. (2015). Vergüenza, odio y pornografía: Variaciones sobre un aspecto de los tiempos actuales. *The International Journal of Psychoanalysis (en español)*, 1(6), 1897–1911. <https://doi.org/10.1080/2057410x.2015.1366020>
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. *Masculinidad/es. Poder y crisis*, 24(1), 49–63.
- Lamas, M. (2022). Emoción y política. La vergüenza y las trabajadoras sexuales callejeras en la Ciudad de México. En *Dimensiones de la diferencia* (pp. 505–531). <https://www.clacso.org/dimensiones-de-la-diferencia/>
- Laplanche, J., & Pontalis, J.-B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Ediciones Paidós.
- Laso, E., Contreras, K., & Macías-Esparza, L. (2023). Entre la culpa y la vergüenza: Una aproximación al suicidio desde una perspectiva de género en clave emocional. *Revista de Psicoterapia*, 34(124), 47–70.
- Laval, G. (2003). Honte de contre-transfert [Vergüenza contratransferencial]. *Revue française de psychanalyse*, 67(5), 1801. <https://doi.org/10.3917/rfp.675.1801>
- Lopez, A., & Ramos, M. (2018). La pérdida del empleo y su efecto en la identidad y afectividad masculina. En *Masculinidades, familias y comunidades afectivas*. (pp. 93–119). <https://doi.org/10.2307/lj.ctvdmx0b6>

- Luz, A. B., de Mesquita Annes, R., Pandolfo, A. C., Muratore, C. S., & de Vasconcellos, N. A. (2006). Vergonha: uma contribuição ao estudo de sua importância clínica [Vergüenza: una contribución al estudio de su importancia clínica]. *Revista de Psicanálise da SPPA*, 13(3).
<https://revista.sppa.org.br/RPdaSPPA/article/view/815>
- Mann, B. (2018). Femininity, shame, and redemption [Feminidad, vergüenza y redención]. *Hypatia*, 33(3), 402–417. <https://doi.org/10.1111/hypa.12432>
- Matthis, I. (1981). On Shame, Women and Social Conventions [Sobre la vergüenza, mujeres y las convenciones sociales]. *The Scandinavian psychoanalytic review*, 4(1), 45–58. <https://doi.org/10.1080/01062301.1981.10592389>
- Meli, Y. (2014). La vergüenza de Hans. *Rev. univ. psicoanál*, 85–99.
- Miller, J. A. (2004). Notas sobre la vergüenza. *Freudiana: Revista psicoanalítica publicada en Barcelona bajo los auspicios de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, 39, 7–24.
- Minazio, N. (2006). Vergonha e culpa na criança [Vergüenza y culpa en los niños]. *Revista De Psicanálise Da SPPA*, 13(3), 555–556.
<https://revista.sppa.org.br/RPdaSPPA/article/view/813>
- Nussbaum, M. C. (2006a). La vergüenza como castigo del ciudadano. En G. Zadunaisky (Trad.), *El ocultamiento de lo humano: Repugnancia, vergüenza y ley* (pp. 261–320). Katz Editores.
- Nussbaum, M. C. (2006b). Rostros marcados: la vergüenza y el estigma. En G. Zadunaisky (Trad.), *El ocultamiento de lo humano: Repugnancia, vergüenza y ley* (pp. 205–254). Katz Editores.
- Preciado, P. B. (2002). *Manifiesto contrasexual*. Editorial Opera Prima.

- Quinodoz, D. (2003). La honte d'une féminité définie par la négative : plutôt deux fois qu'une [La vergüenza de una feminidad definida negativamente: dos veces en lugar de una]. *Revue française de psychanalyse*, 67(5), 1841–1848.
<https://doi.org/10.3917/rfp.675.1841>
- Rabinovich, D. (2008). Violencia y Pudor. *Psicoperspectivas*, 6(1), 73–81.
<https://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/view/48>
- Reenkola, E. M. (2005). Female shame as an unconscious inner conflict [La vergüenza femenina como conflicto interno]. *The Scandinavian psychoanalytic review*, 28(2), 101–109.
<https://doi.org/10.1080/01062301.2005.10592765>
- Rumi, A. M. (2010). Vergüenzas, una pluralidad desafiante. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 71–96.
<https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1184>
- Santa Biblia*. (2009). Reina-Valera.
- Saussure, T. (2003). Un mythe originaire de la honte: Adam et Ève [Un mito que nace de la vergüenza: Adán y Eva]. *Revue française de psychanalyse*, 67(5), 1849–1854. <https://doi.org/10.3917/rfp.675.1849>
- Schvartzman, G. (2019). Volviendo a pensar en la vergüenza. *Revista de psicoanálisis*, 76(3), 219–239.
- Sesé-Legér, S. (2018). « J'ai honte d'avoir honte » ["Me avergüenza sentir vergüenza"]. *Essaim*, 41(2), 43–50. <https://doi.org/10.3917/ess.041.0043>
- Steiner, J. (2015). Ver y ser visto: la vergüenza en la situación clínica. *The International Journal of Psychoanalysis (En Español)*, 1(6), 1880–1896.
<https://doi.org/10.1080/2057410x.2015.1366019>

- Wurmser, L. (2015). Vergüenza primaria, herida mortal y circularidad trágica. Algunas reflexiones nuevas acerca de la vergüenza y los conflictos de vergüenza. *The International Journal of Psychoanalysis (En Español)*, 1(6), 1912–1937. <https://doi.org/10.1080/2057410x.2015.1366021>
- Yakeley, J. (2018). Shame, culture and mental health [Vergüenza, cultura y salud mental]. *Nordic Journal of Psychiatry*, 72(sup1), S20–S22. <https://doi.org/10.1080/08039488.2018.1525641>